

Pedro Henríquez Ureña y el nuevo descubrimiento del Mediterráneo

Liliana WEINBERG

Muchas son las razones por las que recordamos hoy a Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), y entre esas muchas, consideraremos aquí una en particular: sus aportes para la fundación de una verdadera poética de la cultura latinoamericana.

Antes de ingresar en este tema, recordemos que Henríquez Ureña es reconocido como uno de nuestros más grandes maestros, en el sentido más cabal y fuerte del término. Para tomar las palabras con las que lo evoca nada menos que Jorge Luis Borges en el prólogo a su *Obra crítica*, “maestro no es quien enseña hechos aislados o quien se aplica a la tarea mnemónica de aprenderlos y repetirlos [...]. Maestro es quien enseña con el ejemplo una manera de tratar con las cosas, un estilo genérico de enfrentarse con el incesante y vario universo”.¹ Se trata entonces de un maestro en el sentido socrático del término, que enseña con la palabra pero también con el ejemplo cotidiano. Como ese caso que recuerda el propio Borges: aquel hombre que fue a buscar al maestro no sólo para escucharlo sino para ver de qué modo se ataba los zapatos. Pero se trata de un maestro que alcanzó a la vez las dimensiones de educador, en cuanto admirador de Sarmiento, Hostos y el krausismo. Creyó que la educación era el gran motor de formación de individuos y ciudadanos; el gran motor de cambio social, la revolución pacífica por excelencia.

Lo recordamos también como gran ensayista y gran editor: la cara íntima y la cara pública del amor por la lengua, la literatura y el libro. No sólo celebramos sus textos en sí mismos, sino que recordamos que Henríquez Ureña trazó con sus ensayos y estudios críticos una gran biblioteca imaginaria para que todos los americanos nos reconociéramos en ella. Nos dio su *Darío*, su *Hostos*, su *Rodó*, para que, con sus interpretaciones, siempre ponderadas e inteligentes, pudiéramos emprender nuestra propia lectura. Pero además, al hablar del editor, pienso que participó y prodigó su vida como colaborador de las grandes colecciones del Fondo de Cultura Económica, en México, o de casas editoras como Austral, Losada, Jackson en Argentina, pensando en función de colecciones, series, grandes obras de la literatura universal, los grandes textos de nuestra tradición que todos los hispanoamericanos debíamos leer y conocer para encontrar nuestra propia identidad cultural. En América la utopía se traduce en la construcción de bibliotecas.

Lo recordamos como crítico del positivismo y renovador de las inquietudes literarias y filosóficas; como introductor de una nueva interpretación de los clásicos y los modernos, como lo muestra su papel en El Ateneo de la Juventud y su amistad con Alfonso Reyes. Lo recordamos tam-

¹ Jorge Luis Borges, “Pedro Henríquez Ureña”, prólogo a Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica*. México, FCE, 1960, p. vii.

bién como gran filólogo, lingüista y dialectólogo, agudo lector de poesía y conocedor, como pocos, de cuestiones de versificación, gramática, dialectología.

Se le recuerda también porque nos legó algunos de los libros de ensayo más importantes para América Latina: *La utopía de América* (1925), *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), así como interpretaciones señeras sobre la obra de Juan Ruiz de Alarcón, Eugenio María de Hostos, Rubén Darío, que comienza a publicar desde sus tempranos *Estudios críticos* (1905) y *Horas de estudio* (1910). También lo recordamos como quien nos dejó una de las primeras y principales historias de la literatura latinoamericana, *Las corrientes literarias en la América hispánica*, publicado en inglés en 1945 y en español en 1949, y de la cultura latinoamericana *Historia de la cultura en la América Hispánica*, publicada en 1947. Y quiero detenerme en este último aspecto. No sólo se mostró, desde muy joven, como un agudo y exquisito ensayista, cuyos primeros textos tienen un fuerte sabor modernista, sino que se preocupó por darnos una historia de la literatura y de la cultura, esto es, reitero, un sentido y un horizonte general para lograr ordenar y entender la producción artística y literaria hispanoamericana.

Siempre vemos a un Henríquez Ureña interesado por trazar cronologías, descubrir líneas, tendencias y procesos; por forjar historias comprensivas de los mismos. ¿Por qué le preocupó tanto pensar a Hispanoamérica en el tiempo largo de la historia y de la cultura? Porque nuestro homenajeado es autor de una verdadera poética de la cultura latinoamericana, a quien en alguna ocasión he considerado también como un nuevo descubridor de nuestro Mediterráneo.

En efecto, la lectura del admirable capítulo que Jacques Rancière dedica a la idea del Mediterráneo en Braudel² me condujo, por asociación de ideas, a ese otro gran descubridor americano del Mediterráneo que fue Pedro Henríquez Ureña. Y otra idea sugerente de Rancière respecto de una poética de la historia me llevó a conjeturar que en todo ensayo anima una poética del pensar. Para el caso del prominente historiador francés, perteneciente a la Escuela de los *Annales*, baste con recordar que revolucionó “la manera de concebir y de escribir la historia”. En efecto, si la historia tradicional, hasta principios de este siglo, se organizaba predominantemente en torno a sucesos y gestas de *grandes hombres*, Fernand Braudel propuso cambiar el enfoque de la historia y desplazar el eje de interés hacia la vasta historia de los grupos humanos, con la variedad de ritmos diferenciales de que daban cuenta además las nascentes ciencias sociales, centrando su interés en los pueblos y no en los personajes individuales. Esto es, enfatizando los vastos procesos anónimos y colectivos que hacen a una historia polifónica y global:

Frente a la rápida oscilación de los acontecimientos a escala humana, que el historiador compara a los pliegues de la superficie del océano, Braudel intenta navegar en alta mar para encontrar esa otra historia más lenta de los grupos humanos en relación con su medio y de las estructuras que modelan las sociedades, ya se trate de las grandes rutas del comercio y de las vías navegables o de las mentalidades.

² Jacques Rancière, *Los nombres de la historia: una poética del saber*. Trad. Viviana Claudia Ackerman. Buenos Aires, Nueva Visión, 1993. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* es de 1949.

De este modo, con Braudel “[...] la historia cambia de objeto porque cambia de temporalidad. Sustituye el tiempo rápido del acontecimiento, el soplo corto y dramático de la batalla, por el tiempo largo de los ritmos de la vida material. La perspectiva que adopta Braudel le lleva a contar una historia que ya no sólo recurre a los testimonios y a la psicología, sino a la geografía, a la economía política o a la sociología”.

En cuanto a Pedro Henríquez Ureña, nuestro homenajeado, su propio origen caribeño, su propio peregrinaje por distintas partes de América, su destino atlántico, con una vida signada por avatares que lo llevaron de Santo Domingo a Estados Unidos, de allí a Cuba, México, España y Argentina, donde murió, nunca se sintió extranjero ni exiliado, y siempre se consideró un ciudadano de América. Esto contribuyó a alimentar y a retroalimentar esa mirada generosa, comprensiva de la diversidad de tiempos y ritmos, abarcadora de culturas. Como Alfonso Reyes, su gran amigo, criticó el modelo positivista, por considerarlo erigido en ideología de respaldo del poder y por lo mismo excluyente y desmovilizador. Henríquez Ureña contribuye, desde su juventud, a releer la filosofía y la literatura clásicas, y a proponer una conciliación con el mundo griego. Enamorado del mar, los ríos, las corrientes, los caudales, supo reconocer tormentas e inundaciones, pero postuló para América una integración pacífica de las aguas, como esos ríos caudalosos que van a dar al mar.

Henríquez Ureña pertenece a esa generación que redescubre la herencia griega, y como tal la tradición civilizadora del Mediterráneo. No debemos olvidar que ya a fines del XIX y principios del XX se estaba dando en varios autores latinoamericanos una recuperación del mundo griego y del horizonte mediterráneo, como lo harán los grandes modernistas: Darío, Rodó y Lugones, por ejemplo, y desde luego la generación ateneísta.

Por su parte, Henríquez Ureña dará un giro de gran interés a la cuestión, al vincularla con un enfoque generoso de la vida social, y como base de un nuevo humanismo. Cuando en 1914 pronunció un discurso en la inauguración de las clases de ese año en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, dedicó una larga reflexión a *la corriente helénica* y al largo esfuerzo por “renovar el secreto de la cultura griega”, y se propuso exaltar la cultura clásica, “no como adorno artístico sino como base de formación intelectual y moral”.

Paulatinamente su amor por la herencia griega se combinará con el ejemplo de la Romania como modelo para pensar toda América Latina. Por ello me interesa indagar el papel estructural y simbólicamente asignado al Mediterráneo, y en general al mar, por parte de nuestro autor, en cuya obra un mar es “transformado en su propia metáfora”. Y esto implica, agreguemos, encontrar un elemento proveniente del mundo natural, previo a lo cultural, capaz de fundar un orden cultural como es capaz de fundar su propia metáfora. De allí la posibilidad de pensar la obra ensayística de Pedro Henríquez Ureña como una posible poética de la cultura latinoamericana. Los ensayos críticos del dominicano permiten de este modo dotar de inteligibilidad al devenir de la cultura latinoamericana. Esto es, postular mediante la misma construcción interpretativa que hay ya una coherencia previa, un sentido subyacente en dicho devenir, y de allí que, por ejemplo, plantee que nuestra historia se mueve “entre el descontento y la promesa”. Y a la vez, de manera circular, la búsqueda de esa coherencia implícita es la que autoriza al ensayo a construirse como búsqueda a escala de esa coherencia previa, animado por aquello que Bloch denomina “principio esperanza”.

Tanto en sus ensayos puntuales como en sus visiones de conjunto de la lengua, la literatura y la cultura latinoamericanas, lo que hizo Henríquez Ureña fue otorgar una vida poética a las fuerzas

históricas, sociales y humanas, a la vez que participar de esta poética a sus lectores, para así confirmar, en este movimiento abierto, su pertenencia a una comunidad de experiencia y de sentido. De allí que proponga reemplazar la denominación del “Día de la Raza” por la de “Día de la cultura hispánica”, y en su discurso del 12 de octubre de 1933 declare: “Lo que une y unifica esta raza no real, sino ideal, es la comunidad de cultura, determinada de modo principal por la comunidad de idioma que lleva consigo su repertorio de tradiciones, de creencias, de actitudes ante la vida, que perduran, sobreponiéndose a cambios, revoluciones y trastornos”.

La admiración crece cuando descubrimos cómo su primer interés filológico e histórico por la cultura griega va dando lugar a una visión culturalista de amplios alcances. En distintas ocasiones se refiere a “los tesoros de la herencia secular que recibimos del Mediterráneo”. Y si la *Historia de la cultura en la América hispánica* es de 1947, el tema del Mediterráneo aparece ya en sus primeros ensayos. Así, en *La utopía de América* dirá: “No vacilaría yo en compararnos con los pueblos, políticamente disgregados pero espiritualmente unidos, de la Grecia clásica y la Italia del Renacimiento”. Y un poco más adelante, al referirse al rumbo de la utopía, anota:

¿Hacia la utopía? Sí: hay que ennoblecer nuevamente la idea clásica. La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles: es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo, nuestro gran mar antecesor. El pueblo griego da al mundo occidental la inquietud del perfeccionamiento constante. Cuando descubre que el hombre puede individualmente ser mejor de lo que es y socialmente vivir mejor de cómo vive, no descansa para averiguar el secreto de toda mejora, de toda perfección. Juzga y compara; busca y experimenta sin descanso; no le arredra la necesidad de tocar a la religión y a la leyenda, a la fábrica social y a los sistemas políticos. Es el pueblo que inventa la discusión; que inventa la crítica. Mira al pasado, y crea la historia; mira al futuro, y crea las utopías.³

Un pasaje notablemente denso y rico en implicaciones. Revisemos sólo algunas de ellas. Para empezar, el compartido destino mediterráneo de América con las culturas griega y latina permite entrever la posibilidad de una unidad de los pueblos diferenciados en el presente a partir de un horizonte civilizador común: la tradición románica. Por otra parte, no se trata de cualquier herencia, sino de la que nos une con el salto civilizador de la cultura griega, que rompe con el mito y la leyenda a partir de la crítica y la razón, y nos brinda así una primera idea de la existencia del pasado, que a partir de Grecia se llamará historia, y del futuro, que a partir de la filosofía se llamará utopía.

La herencia de la razón, la crítica, el conocimiento, pero también la herencia de otros dos conceptos que nos asocian, nos comprenden, nos prohíjan: historia y utopía, madres del descontento y de la promesa. Descubrimos así que ese movimiento que va del descontento a la promesa, y que implica una dotación de sentido a potencialidades culturales ya existentes, es el gran movimiento que anima la poética de Henríquez Ureña. La comunidad románica lo era ya en potencia desde que sufrió la imposición del orden imperial, y esa virtualidad es la que autoriza a pensar en la consumación del sentido futuro. La utopía es vector, dirección, sentido: flecha de anhelo. En *La utopía de América* leemos:

³ Pedro Henríquez Ureña, *Plenitud de América. Ensayos escogidos*. Buenos Aires, Peña / Del Giudice, 1952, pp. 14 y 16-17.

Pero la palabra utopía, en vez de flecha destructora, debe ser nuestra flecha de anhelo. Si en América no han de fructificar las utopías, dónde encontrarán asilo. Creación de nuestros abuelos espirituales del Mediterráneo, invención helénica contraria a los ideales asiáticos que sólo prometen al hombre una vida mejor fuera de esta vida terrena, la utopía nunca dejó de ejercer atracción sobre los espíritus superiores de Europa; pero siempre tropezó allí con la maraña profusa de seculares complicaciones: todo intento para deshacerlas, para sanear siquiera con gotas de justicia a las sociedades enfermas, ha significado —significa todavía— convulsiones de largos años, dolores incalculables.⁴

El vínculo con una de las dos Europas, con una de las dos Españas, es evidente, y se refuerza a partir de la idea de parentesco sanguíneo, cercano: son esos “abuelos espirituales del Mediterráneo” quienes nos heredaron la razón, la democracia, la educación, el progreso y la posibilidad de justicia social, en contraste con la cerrazón del modelo asiático, calificado como autoritario, impersonal y orientado al mundo de los muertos en lugar de al mundo de los vivos.

Al pensar en el Mediterráneo grecolatino, que nos da una genealogía luminosa de razón y democracia, está, a la vez, pensando en América:

Debemos llegar a la unidad de la magna patria [...] Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa, si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre [...], si no nos decidimos a que ésta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación. Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple ‘la emancipación del brazo y de la inteligencia’.⁵

En este pasaje encontramos otro rasgo notable: el empleo de términos genéricos, que supone el desplazamiento de nombres propios y de la idea de la historia hecha por individuos: la historia la hacemos *nosotros*, el hombre, tierra de promisión, humanidad, climas todos, Nuestra América, humanidad, magna patria, naturaleza, trabajo, sociedad, brazo, inteligencia. La historia y la vida de los pueblos se asimilarán, en otros pasajes, a corrientes y mares.

En “El descontento y la promesa”, incluido en los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), se refiere a una posible independencia literaria, aunque siempre reforzado nuestro vínculo *civilizatorio* con el mundo europeo:

Nuestra literatura absorbió ávidamente agua de todos los ríos nativos: la naturaleza; la vida del campo, sedentaria o nómada; la tradición indígena; los recuerdos de la época colonial; las hazañas de los libertadores; la agnación política del momento [...]

Más adelante enriquecerá su interpretación con nuevas imágenes ligadas al ámbito del agua.⁶ El sistema metafórico, que en una primera aproximación puede parecer simple, encubre con el

⁴ *Ibidem*, p. 23.

⁵ *Ibid.*, pp. 24-25.

⁶ *Ibid.*, pp. 28-29.

estilo claro y distinto que caracteriza la prosa de Henríquez Ureña y que recubre ideas de enorme complejidad. El gran tema es, sin duda, el de nuestro posible vínculo con España y el mundo occidental: tradición en contrapunto con rebelión; americanismo en contrapunto con afán europeizante; descontento en contrapunto con promesa, etcétera. En cuanto a quienes en distintos momentos de nuestra vida intelectual fueron acusados de mostrar *desapego* a las raíces nacionales, dirá que el secreto radica en atenernos a la línea que nos une a Grecia, pero, cuidado, recordando que a su vez ni siquiera la propia Grecia, idealizada por muchos, es en sí original, sino que ella misma es también hija de otras culturas: el mundo griego “recogía vetustas herencias; porque ni los milagros vienen de la nada; Grecia, madre de tantas invenciones estupendas, aprovechó el trabajo ajeno”. Por otra parte, “todo aislamiento es ilusorio”. Esto es, toda protesta de pertenencia excluyente resulta fácilmente refutable. Y esto es particularmente notable en el caso de la lengua, convertida, para él, como para Alfonso Reyes, en metáfora y metonimia que remite a su vez a hondos procesos históricos, sociales y culturales:

Aceptemos francamente, como inevitable, la situación compleja: al expresarnos habrá en nosotros, junto a la porción sola, nuestra, hija de nuestra vida, a veces con herencia indígena, otra porción sustancial, aunque sólo fuere el marco, que recibimos de España. Voy más lejos; no sólo escribimos el idioma de Castilla, sino que pertenecemos a la Romania, la familia románica que constituye todavía una comunidad, una unidad de cultura, descendiente de la que Roma organizó bajo su potestad; pertenecemos —según la repetida frase de Sarmiento— al Imperio Romano.

No se trata de una *idea* importada y tal vez colocada *fuera de lugar* por parte de Henríquez Ureña, sino, muy por el contrario, de una anticipación que comprende tanto la idea del mar como protagonista de la historia, dado su carácter de *natura naturans* y su papel civilizador, como de esa revolución copernicana, que supone el desplazamiento de la historia de los reyes a la del mar. Esto es, “de los espacios de civilización, las largas duraciones de la vida de las masas y las dinámicas del desenvolvimiento económico”, ahondamiento de la distancia temporal y neutralización de la persona o el individuo, que convierten al relato en una objetividad no asumida (y en esto coincidía en ciertos puntos básicos con Braudel, pero la articulaba con otra noción, que en este caso es fundamental: el elemento colonial, el componente de conquista y asimetría entre pueblos que supone también el mar).

Esto lo lograba nuestro autor apelando a una poética, una poética del saber, a una poética del pensar —como me gusta llamar al ensayo. Al hacer del mar Mediterráneo parte de un complejo sistema metafórico que gira en torno a ríos, corrientes, caudales y océanos, logra una preeminencia de imágenes que pertenecen al campo del imaginario del agua y que le ayudan a nombrar la experiencia americana a la vez que le permiten establecer una analogía con la historicidad de los procesos, de manera que el mar se convierte en el gran integrador de todos los niveles, y con el carácter colectivo, social, de los mismos, una vez más, el mar, los caudales y las cuencas fluviales son el modelo de concurrencia virtuosa: una solución posible al grave problema de la unidad en la diferencia que preocupa a tantos intelectuales latinoamericanos.

¿Cuál es el propósito de incluir el mar en el ensayo y hacerlo clave de una poética de la cultura latinoamericana? Por una parte, o como dice acertadamente un estudioso del género, imáge-

nes y metáforas permiten “hacer la historia representable”, a la vez que dotar de “legibilidad el presente”⁷. Se da un efecto plástico al incluir una imagen visual (la cartografía en torno al descubrimiento de América, donde predomina el mar), que es a la vez cita y referencia de un universo marino realmente existente y reinterpretación metafórica de ese existente, al que se atribuye la propiedad de ser naturaleza generadora de cultura.

Para complicar aún más las cosas, la intuición original del mar en Henríquez Ureña va cediendo su sitio, en trabajos posteriores, a otra preocupación que lo representa: el idioma español, al que permanente e implícitamente intenta confrontar con el modelo de una *koiné*. Así, por ejemplo, ya en la primera página de su *Historia de la cultura en la América hispánica* (1947) aparecerá el idioma español como una nueva cartografía para pensar la América, superpuesta a los órdenes político y social:

El idioma español se ha conservado normal en toda la América hispánica, e igual cosa sucede con el portugués en el Brasil. Eso no significa que no haya diferencias, en el uso de los idiomas, entre la Península Ibérica y el hemisferio occidental... El español, derramado sobre territorios vastísimos y poco comunicados entre sí, presenta menos uniformidad.

Pedro Henríquez Ureña descubrió, a partir de su propia trayectoria intelectual, que es posible repensar la historia desde una idea de larga duración y una visión propia de la historia social, cuyo eje resulta la historia de un mar y de una civilización, en lugar de la historia de los personajes individuales, y lo hizo como una forma de afiliar su propia experiencia de viajero y exiliado a la vida americana. Al respecto es clave su sensibilidad para con el nuevo concepto antropológico de cultura, esto es, para el desplazamiento del viejo concepto elitista de cultura como patrimonio de pocos en favor de un concepto amplio y generoso de cultura como el quehacer de todos.

En segundo lugar, la intuición mediterránea de Henríquez Ureña tiene un fuerte componente ético y estético, que liga mediante la imagen utópica y poética, unidad continental y democracia participativa. Otro tanto sucede con su acercamiento a la vida latinoamericana con una perspectiva interpretativa en que confluyen y se imbrican las dimensiones cultural, social e histórica, puestas en movimiento por ese móvil, esa *flecha de anbelo* que se desplaza del descontento a la promesa, que permite el movimiento armonioso y la renovación optimista.

Este dialectólogo, filólogo, pensador, aprendió a partir de sus estudios que el amor por el Mediterráneo se reviste para un americano de una marca característica notable: Caribe y Atlántico son, como el Mediterráneo, mares de cultura. Caribe y Atlántico constituyen, a diferencia del Mediterráneo, testigos de un nuevo proceso colonial.

El Mediterráneo permite entonces a Henríquez Ureña colocar un mar en el origen de la historia americana, en el origen de la comunidad americana. El mar simboliza la llegada de los conquistadores, pero también la apertura de América al mundo; el comienzo de una relación colonial, extractiva y excluyente, pero también, como todo mito de origen, el doloroso nacimiento de una civilización, de una comunidad de cultura. Ya no hay vuelta atrás: el agua —indeterminada, funda-

⁷ Patricia Marot, «L'essai romantique», en Pierre Glaudes, ed., *L'essai, métamorphoses d'un genre*, Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, Press Universitaires du Mirail, 2002.

dora, engendradora, que vincula y separa— está antes de nuestra toma de conciencia histórica. El empleo del mar como símbolo que, lejos de ser esotérico, traduce procesos históricos y sociales concretos; el empleo del mar como metáfora y como metonimia perfila a su vez esa posible poética de la cultura labrada por Henríquez Ureña.

El gran intelectual que hoy recordamos es así descubridor del Mediterráneo, pero no en el sentido que le atribuye la expresión popular. Tampoco lo es estrictamente en el sentido de Braudel, quien está librando su propia batalla simbólica en el plano historiográfico, aunque sí existen, como vimos, coincidencias notables. El Mediterráneo le permite nombrar una configuración cultural, una experiencia social colectiva, y proponer una nueva interpretación, descolonizadora, aunque no de ruptura, con la herencia colonial.⁸

Concluyamos, por nuestra parte, que en esta vasta tradición de mares sublimes, aguas profundas, corrientes vertiginosas, de inmensidades épicas y ríos de aventura, se inscribe la poética de la cultura de Pedro Henríquez Ureña. El manso, racional y contenido estilo apolíneo de nuestro intelectual se aplica —paradójica o tal vez no tan paradójicamente— a pensar con rigor la libertad creativa de la lengua, la literatura, el arte y la cultura. Un Pedro Henríquez Ureña que dota a su poética del pensar, desde la experiencia americana, de una articulación no prevista por Braudel, y descubre así otro Mediterráneo, el de la relación colonial. Un nuevo Mediterráneo, en este caso *atlantizado*.

⁸ Así, al hablar de Hostos, dice que “Piensa en el porvenir de España y en la libertad de las Antillas: las concibe autónomas dentro de una federación española”. (p. 675).